

—¿Si en cualquier gracia a Dios lo que
 ha pasado no ha sido una traza, ha sido
 sin embargo, un mal que hemos re-
 nido y es preciso que para una oración de
 paz y siempre quiero que enciendas que
 un voluntad y mis arbitrios de regalar
 están muy lejos de haberte acordado.
 —¿Como puede ser andar de tu bondad!
 de la verdad, solozando y detrimiendo la
 grinas de júbilo. Pero sólo un manso
 como tu puede ser tan generoso, están
 —¿Cero que pocos maridos habrá que un
 aprecien la verdad y el cambio como una
 de las primeras virtudes conjugales. Ahí
 si hubieras tenido conciencia en mi desde
 un principio, cuánta pena no nos habría
 nos ahorzado andas!



LA FE EMPEÑADA.

I

—Los padres tienen corazón de roca! ; no
 hay cosa que pueda ablandarlos! ; Ni lágrimas,
 ni ruegos ni nada; nada vale para
 ellos!

Así decía un mocito de ojos negros, ca-
 riacontecido y de regulares bigoteras, des-
 pués de haber contado, con todos sus pun-
 ios y sus comas el suceso por demás la-
 crimoso y estupendo de que su respecta-
 ble padre se había negado á consentir en
 el inmediato casamiento de este mismo su
 propio hijo.

—¡Y qué me dices de los tíos! exclamó
 la soberana de las acciones, palabras y pen-
 samientos del entristecido mozo. Siempre
 siempre me han chocado los tíos, no sé bien

á bien por qué. Los tíos y los tutores, ¡Jesús nos valga! son de suyo gente de maia condición... ¡Y cuando se juntan!... ¡Dios nos ampare!

—¡Tontería! saltó una persona muy aseñorada y tal cual pasada en punto de edad, que estaba empleando el tiempo en bordar un pañuelo, á corta distancia de los quejumbrosos enamorados; nuestro tío fué tutor mío y tuyo también, Elena, y bien sabes que aunque hace once años que estoy en edad de deliberar libremente de mí, no he dejado por eso de seguir viviendo en su compañía y bajo su autoridad.

—¡Con razón! ¡como que no tienes alma en el cuerpo ni la tuviste nunca en tu vida! exclamó Elena Castillo; y luego el hijo de tío era un "mocoso" cuando tú eras ya grande y no tuviste por qué temer que te embaucaran á casarte con él.

—Ni tú tampoco, replicó prima Petra, que era como la llamaban todas; Enrique Arnaldo nunca ni siquiera te ha visto, pues acuérdate que cuando viñste á vivir con su padre, él andaba por lejas tierras, allá por Portugal.

—Y ¿no es muy extraño que venga por ahí de vuelta?

—No me lo parece á mí por ningún camino. Al revés; me parece muy en el orden que vuelva, ya que ha concluído los asuntos que le tenían ausente, y ven-

ga á prestar sus servicios y á acompañar á su padre que tantos deseos tiene de verle.

—Será como tú quieras; pero ello es que se me hace á mí horrible cosa eso de casarse uno con el hijo de su tutor.

—Con todo, más de cuatro tutoreadas han pensado de muy diversa manera. Cecilita, ya sabes, la hija de la señora Sartorio, ¡no tendrás nada que decir de ella!, pues se casó con el hijo de su tutor, y le dió su crecido caudal juntamente con su mano... Pero no se asuste usted, Panchito, prosiguió prima Petra volviéndose afectuosamente hacia el ojinegro mozo; no se asuste usted por las horrorosas visiones de Elena, que nosotros se la guardaremos y se la cuidaremos á usted como las niñas de los ojos.

—¡Horrenda burla! exclamó Panchito dándose un golpe en la frente, de la manera más dramática. ¡Va esto á costarme la vida indudablemente! voy á ser una nueva víctima de la tiranía paterna!

—¿Pues cómo está eso? dijo prima Petra; yo había entendido que su padre de usted no se oponía al casamiento de usted con Elena, con tal que á la vuelta de seis meses usted y ella estuvieran en la misma resolución.

—Norabuena, contestó el enamorado; pero dígame usted por el amor de Dios ¿cómo es posible que nosotros suframos

ese horrendo siglo de cruel separación sin que nos cueste la vida? Y luego, ¡sin permitirnos siquiera escribirnos, sin siquiera dejarnos que nos tengamos como formalmente prometidos uno á otra!

—Y ¿qué importa todo eso? repuso prima Petra. Si ustedes se quieren dentro de seis meses como se quieren hoy, á nada conduce que sus padres gusten ó no de considerarlos como novios.

—¡Si nos queremos dentro de seis meses! exclamó Panchito con acento de reconvencción, ¡qué duda tan ofensiva!... Pero afortunadamente Elena tiene mejor concepto de mí; ¿no es verdad Lenita?

—¡Y mucho que sí! respondió Elena hecha un mar de lágrimas. Nos tenemos empeñada nuestra fe, y esto ha de consolarnos y ayudarnos á sobrellevar la horrorosa ausencia. Espero en Dios que he de vivir para cuando vuelvas y me vengas á ver en casa de tío.... ¡ay!... de aquí á seis meses; si no.....

—¡Ah! ¡no he de sobrevivirte muchos días!

En medio del lamentoso coloquio de la derretida pareja, y mientras los dos tiernos amantes deploraban su fatídica suerte en términos capaces de quebrar las piedras, prima Petra seguía con la mayor apatía su tarea. Bien pudiera indiferencia tanta causar justo enojo á Elena; pero prima Petra

tenía treinta y dos años y la can lida Elena, con su entendimiento de diecisiete abriles, estaba tiempo hacía persuadida de que aquella había pasado su tiempo de sensibilidad y ternura. Y de más á más, prima Petra no tenía ya ni las gracias ni el porte de una muchacha y si sólo aquellos hábitos que son propios de las señoritas de edad madura, habiendo de dos años á la fecha substituído en su traje de ligera muselina y los colores encendidos, con telas modestas y de colores oscuros, lo que había dado motivo á sus amigas para designarla con el horrendo epíteto, epíteto capaz de horripilar hasta á una dama ochentona, de ¡doncella pasada!

Sin embargo, por más que parezca mentira, prima Petra maldita la pesadumbre le daba el tal epíteto ó apodo, pues le satisfacía el que todo el mundo supiera que le llevaba porque era su gusto. Los hombres, diga cada cual lo que le cuadre, tienen por lo general el don de conocer lo que valen las mujeres que están dotadas de sensatez, amabilidad de carácter y sanos principios; y prima Petra, con una personita tal cual, pocos talentos y un caudal de quinientos pesos anuales, había cerrado la puerta á más de cuatro partidos muy regulares que se le habían presentado.

—¡Ojalá tuvieras una amiga que tomara parte en tus penas! murmuró Panchi-

to dirigiéndose á Elena; pero lo peor es que á mí me pasa lo mismo, pues Tello no nace más que reírse de mis cosas.

—Yo estimaré siempre á Tello, dijo Elena; porque él es quien te dió á conocer en casa; pero ¡ay! ¿cómo quieres que te comprenda? Apostaría yo á que habla en el particular de la propia suerte que prima Petra y califica de cosa muy en el orden lo que tu padre y mi tío hacen con nosotros.

—¡Así es cabalmente! contestó Panchito dando un hondo suspiro. . . . Cuando está la gente entrada en años, ya no saben ni lo que es justo ni lo que no, ni sienten lo que es pena y placer. . . . ¡No cambiaría yo mi corazón por el suyo!

—¡Ni yo! ¡No diera yo mis penas amorosas, crueles como son, por eso que llama el mundo tranquila felicidad!

—¡Bien dicho, bien dicho! prorrumpió con entusiasmo el novio; los corazones que se aman prefieren todos los reveses de la suerte, los males todos de la vida viviendo en estrecha unión, á todos los placeres del mundo.

Trazas llevaban los melozos piropos de prolongarse hasta más allá del día del juicio, á no haber llegado en hora menguada á interrumpirlos, entrándose de rondón en el aposento, el malmirado Tello.

Ahora bien, Tello era un sujeto de bue-

na cara, bien presentado y de mediana edad.

Allá en Jalapa, el delicioso verjel del Estado de Veracruz, había hecho conocimiento, así muy por encima, con Panchito y el señor su padre; posteriormente, habiéndose encontrado con el primo en la feria de San Juan, inmenso depósito de mercancías y emporio de la perdición, le había ocurrido renovar comunicación con él y presentarle después en la casa de don Arnaldo, con quien había llevado fina amistad mucho tiempo hacía. No tardó en suceder lo que de cajón es en estos casos: Panchito dió á entender bien por lo claro su afición á Elena, lo cual amoscó bastante á Tello por haber sido él quien había abierto la puerta á semejante pretensión; pero afortunadamente el papá entró en cuentas con su hijo, habló con don Arnaldo y se acordó por conclusión que los novios Panchito y Elena se sujetarían á una prueba de seis meses antes de serles permitido hacerse el uno al otro la vida ligera ó pesada con indisolubles vínculos.

—Panchito, dijo Tello al entrar, está aguardando á usted el señor su padre; todo está listo para el viaje.

Elena lloriqueó y gimoteó amargamente.

—La verdadera constancia, susurró Panchito al oído de ella, es la que nada puede contrarrestar. El que ha sabido resistir

á toda mudanza es el que sabe amar de veras.

—¿Qué tanto da usted de duración á este entrañable amor que estamos mirando? dijo Tello en voz baja y con satírica sonrisa á prima Petra. Dígame usted, ¿qué día de la semana que entra tendrá fin la eternidad?

—Breve acaban los gustos, replicó la interrogada, de quien fía en la verdad de las muchachas y los mozos.

Don Arnaldo trató muy afablemente á su sobrina durante su estancia en San Juan, pues le había confrontado y deseaba tenerla por nuera. Tal vez le gustaba en ella su linda cara, quizá también su lindo caudal; acaso los vínculos de parentesco le ayudaban á llevar con paciencia sus niñadas; puede que por entre el barniz de afectación y extravagancia que á primera vista se notaba en ella, descubriera él un buen fondo, pues en efecto le había; como quiera, ello es cierto que don Arnaldo ponía cuanto de su parte estaba por ensancharle el ánimo y ganarse su voluntad.

Mas todo fué en vano. En su viaje de vuelta á Jalapa, no había paraje, pueblo ó ciudad que alegrase á Elena. Por todas partes no veía más que gentes desalmadas é insensibles....

En el camino recibió aviso don Arnaldo de que había llegado de regreso de Portugal, su hijo, el primo tan temido de Elena. ¡Imagínese la amable lectora el susto

de la enamorada niña! ¡Ya se imaginaba ser otra Efigenia, víctima cruenta de los amaños de su tío!

Don Arnaldo vivía á corta distancia de Jalapa, en una haciendita preciosa, pintoresca, esmaltada de flores olorosas por todas partes mecidas por un aire suave y fresco, rociadas por unas floviznas menudas y embalsamadas; ¡qué tal sería de delicioso aquello, cuando Elena que se esperaba morir allí de tristeza pensando en su novio y en la semestre eternidad, se maravilló de no sentir nada que se pareciera á una tristeza mortal!

Era su primo un muchacho de buena cara, y de sangre ligera; el cual muy lejos de cansarla á piropos, maldito el caso que le hacía; pues todas sus atenciones se las llevaba prima Petra. Bien es verdad que semejante proceder no podía tener nada serio por resultado, por cuanto á que no era creíble que estuviese él prendado de una mujer que le llevaba seis años y que ya estaba de saca cuando todavía él andaba jugando á los mariditos; pero siempre era chocante que la tratase como á una chiquilla, como á una persona que está demás.

—Estoy recibiendo mis primeras lecciones de desaires, dijo Elena un tanto picada á prima Petra; y por cierto que es un estudio que no me gusta.

—Dí más bien que estás aprendiendo á guardarte de juicios temerarios. Ya estás viendo que ni mi tío ni su hijo piensan ni por sueño en casarte por fuerza.

—¿No le parece á usted, tío, dijo después Elena á don Arnaldo, que Roberto me tiene aversión?

—En efecto, contestó el tío con frialdad; pero la aversión puede vencerse con más facilidad que la indiferencia. Mira bien lo que haces, Elena, no sea que le hagas pasar de un extremo á otro.

No hizo Elena caso de la advertencia; siempre se le ofrecía tener ora flores que cortar, ora plumas que tajar, y mil otras cosa para lo que pedía el auxilio de su primo Roberto, suplicándole con una zalamería y gracia capaces no ya sólo de ablandar, sino de derretir el corazón más empedernido.

Por fin, llevóse la palma Elena; venció la aversión de Roberto, quien llegó á mirarla con manifiesta predilección, y prima Petra, aventajada pero no mortificada, volvió sosegadamente á sus favoritos entretenimientos de la lectura y el bordado.

II

Regresó Panchito con su padre á Jalapa.

Preciosa como es Jalapa, terrenal pa-

raíso de la República Mexicana, parecióle al enamorado tan horrorosa como el más horrendo calabozo; ni los primorosos huertos, ni las magníficas cascadas, ni aquella vegetación tan lozana y abundante, nada absolutamente le gustaba. Aquel cielo entoldado pero tan amoroso, que antes le recreaba tanto, aquel paseo de los "Berros" en que tan gratas horas pasara en tiempos más alegres, todo le parecía fastidioso y triste; no hallando más alivio á su melancolía que escribir resmas enteras de tiernos versos ó tocar algunas tristes melodías con su flauta, cuando no se pasaba las horas amodorrado. Quejábase mucho su hermana, y con razón, de que se había vuelto él un hombre fastidioso é insípido y aseguraba que casi casi aborrecía á Elena por haber traído á tan mal estado á Panchito.

—Así que conozcas á mi amiga Magdalena, díjole ella á los tres meses de su regreso, verás qué guapa es. Papá me ha dado licencia para convidarla á venir á estarse conmigo unos días. Era yo capaz de apostar á que olvidas tu encanto á la media hora de tratar á Magdalena.

Picado de esta profecía Panchito, se propuso ver con malos ojos á la amiga de su hermana, figurándosele una muchacha mal criada, llena de resabios y niñadas. Pero el caso es que Magdalena era una seño-

rita de muy buenas bigoterías, amable y de muy buen trato, siendo su carita de un género más "confrontable" para Panchito que el de... ¿lo diremos?... el de la mismísima Elena; Magdalena era una triguñilla viva, de mucha expresión, con rizos negros como un azabache y una tez muy limpia. Al verla Panchito, estuvo á punto de decir:

—¡Quién creyera que una cara blanca desmerece junto á ese colorcito!

El padre de Panchito al punto dió á entender que Magdalena, en su juicio por lo menos, echaba el pie adelante á Elena; ello es verdad que aquella tenía en su favor la ventaja de ser dueña de un caudal más "decente;" luego, sus modales tan desembarazados y vivos le caían muy en gracia; además, alcanzaba su voz á una octava, y no de ninguna manera porque fuese más música que Elena, sino porque ésta nunca gustaba acompañar á nadie más que á sí propia. Ahora bien, como Panchito no era un sobresaliente tocador de flauta, nunca pensó en competir con el suave é inteligente cantar de Elena, mientras con Magdalena, que no cantaba y que sólo tocaba valsés y cuadrillas, hacía el gasto con su flauta, disfrutando la satisfacción de ver á Magdalena escucharle, y de acompañarla cuando lo juzgaba conveniente.

Magdalena era muy aficionada á la poe-

sía; Panchito registró su resma de versos, en busca de algo que mereciese la atención de ella, y aunque encontró unas estancias de su gusto, que estaban dirigidas "A la que sabía comprenderle," necesitaba enmendarlas, porque hablaba en ellas de "apacibles y hechiceros ojos azules" y "encantadores rizos castaños." Preciso fué volver obscuro lo azul, y negro lo castaño, para poder acomodar la poesía á la nueva dama; hizo lo así Panchito, y fueron aceptados con afabilidad. Trás esto rogóse á Magdalena que se quedara algunos días más, y habiendo consentido ella, toda la familia de Panchito vino á quedar muy contenta y satisfecha con la compañía de la doncella de ojos negros, y desde entonces el enamorado de marras no echó menos los parajes en que había empeñado su fe.

III

Seis meses cabales se cumplían á la sazón desde aquella tan llorada separación de Panchito y Elena.

Panchito, acompañado de su amigo Tello, cabalgaba hacia la residencia del tío de Elena.

—Precioso camino para los enamorados, decía Tello, mirando al soslayo y con

sorna á Panchito que caminaba con una cara muy triste.

—Sí, contestó Panchito dando un profundo suspiro; delicioso es para los enamorados leales, pero no para los veleidosos. Después de todo, me está pareciendo que hubiera sido mejor escribir á Elena.

—No voy con usted en eso: usted ha quedado en estar hoy en casa de don Arnaldo, y no porque ha faltado usted en un punto grave es razón que falte en otro de menos monta.

—¡Pero ¡con qué ocurrencia voy ahora á salir! ¿Quién se lo hubiera imaginado?

—¡Yo! yo lo dije desde un principio.

—Es cosa extraña cómo usted hace para librar bien de estos enredos. Mi padre me ha dicho que más de cuatro muchachas se han vuelto locas por usted.

—Puede que sí; pero yo por mi parte no me he vuelto loco por más de cuatro; y á esto quizá debo el verme libre de esos trabajos que usted llama enredos.

Mantúvose Panchito un rato sin chistar.

—¡Si le costará la vida! exclama de pronto. ¡Ahora me acuerdo que me ha dicho que hay un estanque hondo, hondo allá en su casa!

—¿Sí? contestó con calma Tello. Pues ahora conviene más que nosotros mismos le llevemos la noticia de sus calabazas,

pues así podremos ayudar usted y yo á sacarla del agua.

—No entiendo cómo puede usted divertirse con las desdichas de sus amigos!

—Panchito, siempre me ha notado usted más bien de demasiado seco que no de divertido, y lo que es ahora, no podrá usted menos de confesar que tengo razón bastante para estar serio y alegre á un tiempo; porque después de haber gastado lo mejor de mi juventud en trabajar casi sin provecho por un miserable sueldo, acabo de conseguir, como usted sabe, una colocación que me da cuatro mil pesos al año, es decir, cuanto yo pudiera apetecer y desear.

Panchito agachó la cabeza en señal de asentimiento y felicitación; pero allá en sus adentros no dejó de pensar que importaba muy poco que un solterón decidido como su amigo era, tuviera cuatro mil ó mil pesos para vivir.

En esto avistóse la casa de don Arnaldo, y Panchito, con la poca voluntad con que camina un reo al patíbulo, dirigió sus pasos hacia la mansión de aquella á quien había empeñado su fe.

Elena y prima Petra estaban sentadas en una linda sala, en cuyas rinconeras había vasos de hermosas y fragantes flores y que daba á un precioso huerto.

—¡Cómo estoy temiendo la llegada del

pobre Panchito! dijo Elena con una voz envuelta entre suspiros. ¡Debe ser cosa tremenda la vista de un amante chasqueado! Dime, Petra, ¿no te parece que á Panchito le tienta el diablo por desafiar al pobrecito de Roberto?

—No por cierto, contestó prima Petra con calma; y si lo hiciera, estoy entendida de que le mandaría noramala Roberto.

—Con todo, nunca estaría de más recoger todas las armas que tenemos en la casa, y mandarlas guardar bajo llave y que tú trajeras la llave á la cintura, no fuera á ser que.....

—No tengas cuidado, Elena; ya mandaremos recoger hasta los alfileres y las horquillas de nuestro tocador... pero ¿no oyes? ¿no oyes que tocan á la puerta? ¿Cuánto va á que ya tenemos aquí á tu novio? Ahora, te aconsejaré para tu consuelo, que en todos los casos, y más particularmente en este, al mal paso darle prisa.

A poco, Panchito y Tello entraron en la sala.

Cambiáronse entre los interlocutores las cortesías de estilo, sin más cosa notable que mucho encogimiento y precipitación.

Prima Petra, deseosa de abreviar el lance en beneficio de la sofocada Elena, convidó á Tello á pasar al huerto, á pretexto de enseñarle una chula "gachupina" (balsámica) que había abierto; acompañóla gusto-

so Tello, y allí entretuvieron el tiempo hablando de las tonterías y niñadas de sus respectivos amiguitos.

Entre tanto, los novios, plantado uno frente á otro, se miraban al soslayo; jugando con su sombrero el galán, y retorciendo su pañuelo la dama.

—Mis sentimientos, rompió al fin Panchito, son más para imaginados que para dichos, Elenita.

—Lo mismo le digo á usted de los míos, contestó en voz baja Elena.

—¡Dios nos asista! habló entre sí Panchito; ¡está más apasionada de mí que nunca!

Luego prosiguió dirigiéndose á ella:

—La constancia la respeta y elogia todo el mundo; pero es muy triste que cambie el corazón y si á mano viene que se dé su amor á otro objeto.....

—¡Ay! díjose para sí Elena; seguramente ha sabido mi inconstancia y va á darme en rostro con ella.

—¿Qué merece, prosiguió Panchito, quien después de jurar amor eterno á una persona, de la noche á la mañana pone su voluntad en otro objeto? Dígame usted, ¿qué merece quien así se porta?

—¡El desprecio y el odio del mundo entero! exclamó con exaltación Elena, resuelta á confesarse delincuente.

—¡Pobrecilla! habló consigo Panchito;

comprende lo que quiero dar á entender y el conocer mi volubilidad la va sacando de sí.

Luego, hablando con ella:

—Dice usted bien, semejante proceder no tiene excusa; no hay cosa que duela como lo que hiere el alma. No, nada es tan cruel como la agonía de una esperanza frustrada, de un amor desairado, de la sensibilidad lastimada... de... ¿qué queda á hacer en el mundo quien ha quedado en él sin consuelo, sin compañía, presa de todos los horrores, de...?

—¡Basta! prorrumpió Elena sollozando. ¡Basta ya, Panchito! No tengo alma para oír lo que usted me dice.

—La infeliz tiene discernimiento, habló para sí Panchito; la compadezco ahora más que nunca.

Después, volviéndose á ella:

—Creame usted, Elenita; con todas veras aprecio á usted, y aunque desgraciadamente el amor por otra persona.....

—¡Qué! ¿ya sabe usted que quiero á otro? interrumpió Elena, entre alegre y asustada.

—Señorita, brincó Panchito con mucha seriedad, no es cosa de chanza... Siento en el alma decírselo á usted, pero hace tres meses que estoy comprometido con una amiga de mi hermana, la señorita Magdalena Rosa.... Ahora, Elenita, no

vaya usted á tomar esto muy á pechos, y su salud.....

Elena prorrumpió en estrepitosas carcajadas.

—Panchito, me ha sacado usted de un aprieto, se lo agradezco mucho; pues yo también ¡mire usted qué casualidad! yo también tenía que noticiar á usted que hace igual tiempo que he admitido el amor de su hijo de mi tío.

—¿Es posible? ¿Con que después de tantas protestas de no amar nunca sino á mí, sale usted ahora con que ha dado su corazón á otro?

—¿De qué se admira usted, caballero, cuando usted también me cansó á protestas, y protestas mucho más ardorosas, y cuando en esto estamos pagados, pues que yo no he hecho más que seguir el ejemplo de usted? Usted creará lo que quiera, pero ello es que prima Petra me dijo desde un principio que nunca quise á usted de veras.

—Y á mí, Tello, replicó algo volado el joven, me dijo hoy hace seis meses que apostaba á que echaba yo á usted en olvido, de la noche á la mañana.

A este tiempo prima Petra y Tello, acompañados de don Arnaldo y su hijo que los habían encontrado en el huerto, entraron en el aposento donde se hallaban los descónsolados amantes.

Panchito saludó con muy buena voluntad á su rival, y Roberto preguntó por la salud de Magdalena en términos tan afables que se podía venir por ello en conocimiento de que Tello le había impuesto del estado verdadero de las cosas.

—Todo ha quedado bien así, dijo el tío de Elena y soy de parecer que sería muy acertado que las bodas se pusieran por obra cuanto antes, pues ya estoy mirando que no es bueno exponer la constancia á una prueba demasiado pesada. Nunca en mi vida volveré yo á fiar mucho de la sinceridad de los mozos en punto de amor.

—Ahora, dijo Tello adelantándose hacia él y cogiendo de la mano á prima Petra sin que se hiciese de rogar ella, permítame usted que le diga cuatro palabras en defensa de los que se aman de veras. Ahora hace diez años que conocí y amé á la excelente y apreciable sobrina de usted. Le declaré mi amor y tuve el placer de que me correspondiera. Entonces estaba ya fuera de la patria potestad, era libre de su albedrío lo propio que yo, que me encontraba sin padres. Bien que podíamos en el acto enlazarnos, por no tener quien nos lo impidiera, pensado muduramente consideramos que nuestros posible aun reunidos no alcanzaban á nuestras necesidades, y convenimos, para ahorrarnos las aflicciones de la escasez de medios, quedar apala-

brados para después de cinco años, término en el cual tenía yo fundadas probabilidades de mejorar de fortuna. Luego, para cerrar la puerta á las habiillas del público, convenimos también en guardar para nosotros nuestro compromiso, no entendiéndonos ni tratándonos sino por medio de cartas y de entrevistas raras. No nos ha faltado ocasión de contraer ciertos compromisos que las gentes llaman conveniencias, pero los desechamos siempre. Verdad es que conservándonos casi siempre ausentes uno de otra hemos padecido mucho, pero hemos vivido con la esperanza. . . . y ha resistido nuestro amor no solamente cinco, sino diez años; y sería yo capaz de aguardar toda la vida por merecer la mano de una persona tan cumplida, tan estimable como Petrita. Ahora que mi situación ha cambiado, como usted sabe, y que me encuentro en estado de hacerla feliz, me lisonjeo que usted tendrá la bondad de dar su aprobación á mi enlace con ella.

—Y yo que había siempre acusado á usted de ser incasable, dijo Panchito á Tello, cuando usted era el que más se deshacía por ser casado!

—Y yo que tantas veces te he dicho que nunca te había latido el corazón! dijo Elena á prima Petra, siendo así que sabías querer mejor que yo!

—Yo también, dijo Roberto, en obse-

quío de la verdad debo decir que siempre he tenido la costumbre de considerar la constancia como una quimera; pero en lo de adelante, con el ejemplo que tengo á la vista, de dos novios que á la vuelta de diez años de prueba no han faltado ni por sueño á la fe empeñada, compararé la constancia con una planta que no florece sino de cien en cien años.

A los ocho días se celebraron las bodas de las tres parejas.

Inútil agregar que este suceso se celebró con paseos en las frondosas huertas, meriendas en el chorro de San Pedro, etc., etc.

FIN.



INDICE.

	Págs.
FELIX M. ESCALANTE:	
María.....	3
RAMON DE LA SIERRA:	
Angelina.....	45
Luisa.....	91
Una Traición y una Venganza.....	103
Julio y Adela.....	133
EUFEMIO ROMERO:	
Los Ojos y el Corazón.....	147
Anita.....	161
Jugar con dos Barajas.....	183
La pobre Viuda.....	225
La Taza de té.....	235
El Paroxismo.....	255
La Adivinación.....	265
LUCIANO MUÑOS:	
El Fratricidio.....	279
M. TREJO:	
El Martir de la Angostura.....	295
MIGEUL MARTEL:	
Elena ó el Amor de un Pirata.....	307
ANONIMOS:	
El Crucifijo de Plata.....	329
El Pintor de México.....	369
La Lugareña.....	393
Ernestina.....	405
En un Cementerio.....	421
Una Boda en noche de Norte.....	435
La Mujer Económica.....	451
Una Familia de Provincia.....	475
Un secreto de Casada.....	507
La Fe Empeñada.....	529